

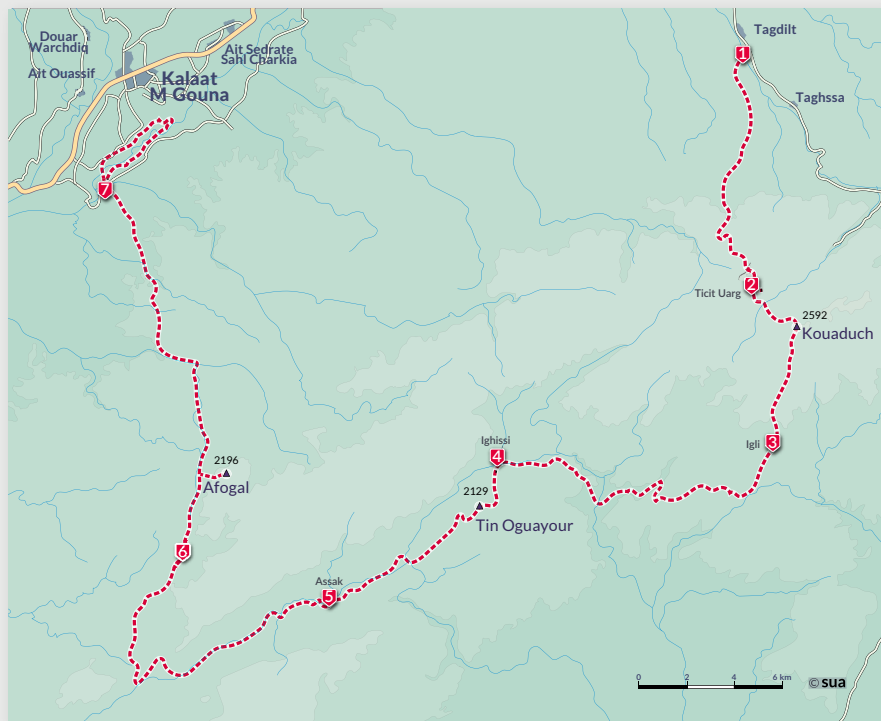
LAS MONTAÑAS MISTERIOSAS DE JEBEL SAGHRO

TEXTO Y FOTOS



Ana González
(Bizkaia, 1966)

Aficionada a la montaña, a la bicicleta y a los viajes, compagina las tres disciplinas (trekking por Himalaya, Atlas, Simiens, Dolomitas... así como travesías en bicicleta por Mongolia, China, Corea, Cuba, Madagascar, Europa del Atlántico al mar Negro...). Colabora con diversas entidades con charlas y proyecciones de los audiovisuales de sus viajes.



Jebel Saghro es tierra enigmática y misteriosa. Las formas mágicas y seductoras de sus montañas rocosas de tonos suaves y cálidos hechizan y envuelven a sus huéspedes atrapándolos para siempre.

Al sur del Atlas marroquí se extiende desde el este una última cadena de montañas que cierra el paso al desierto del Sahara. Esta cadena, Jebel Saghro, es la zona más árida de todo el sistema montañoso del Atlas. Durante miles de años los vientos cálidos šarqia del desierto se han deslizado por estas tierras cargados de arena que se ha ido depositando a lo largo de su recorrido esculpiendo elevaciones de arenisca de formas extrañas y misteriosas.

El acceso a la mayoría de sus mesetas, cumbres volcánicas y profundas gargantas solo es posible a pie; esto, unido a la profunda despoblación de esta zona, garantiza la soledad de sus montañas.

Durante seis días ascenderemos collados, picos y pequeñas mesetas desde los que admirar los extraños relieves que conforman este paisaje; caminaremos por profundos desfiladeros junto a ríos de cauces vacíos y secos; descansaremos en pequeños oasis surgidos gracias a las aguas subterráneas que recorren en secreto estas montañas. Seis días de silencios y de maravillosa soledad. Finalmente llegaremos a pie al increíble valle de las rosas y de las kasbahs.

En un largo viaje en coche nos dirigimos desde Marrakech a Ouarzazate atravesando el gran Atlas; desde allí continuamos en dirección noreste hasta llegar a Tagdilt, punto

de inicio del trek. Es un pequeño pueblo sin atractivo alguno en el que todo lo interesante sucede dentro de la Gîte d'Étape en la que pasaremos la noche.

DIA 1 **TAGDILT – GRAN EXPLANADA** **DE TICIT UARG**

16,5 km | 4 h 20 min | +1319/-408 m

Ante nosotros se muestra una cadena montañosa baja y de suaves relieves; entre ella y nosotros tierra completamente plana, árida y pedregosa que solo permite crecer algunas



Campo de trigo y frutales en el acceso a las montañas de Jebel Saghro

hortalizas y árboles frutales en las cercanías a un pozo. Aunque parece cercana tardamos una hora en llegar hasta ella; es el momento para conocer a nuestros compañeros, Hamed, el guía, Mohamed, el cocinero, y Yousef el mulero y organizador del campamento; todos ellos pendientes de que disfrutemos cada segundo en estas tierras.

Cercanos a las montañas nos percatamos de la presencia de pequeños arbustos. Su fuerte olor, que nos llega de la mano del viento suave, nos acompañará casi hasta el último día en estas tierras. Nos recuerda el aroma de esos aceites de oliva potentes y recios y, aunque nos parece imposible, Hamed insiste en que se trata del aroma del enebro. Con el humo de sus hojas y su madera se ahuyenta a las serpientes, pero además el enebro se utiliza como antiséptico e incluso para tratar la mordedura de la víbora.

Nuestra labor principal del día consiste en ascender las primeras líneas de montañas has-

ta adentrarnos en el macizo de Jebel Saghro. Encontramos una mujer, cuida sus cabras negras y sus ovejas blancas que por alguna razón que desconozco no se mezclan bajo ningún concepto; aquí poco tienen para comer. Ella es reacia a hablar con nosotros, imposible hacer una foto de ese rostro seguramente joven, pero con signos de fatiga y tristeza en su mirada; un tatuaje alargado con símbolos extraños cubre su barbilla; en su espalda carga con un pequeño de no más de 8 meses.

Poco antes de iniciar el ascenso por el desfiladero descubrimos un manto verde en esta tierra hostil; allí donde se filtra una gota de agua de los ríos subterráneos que atraviesan esta región se construye a mano un pozo de unas profundidades increíbles. El resultado es una porción suficiente de tierra para sembrar maíz, algunas hortalizas para la familia y alimento para las mulas, incluso crecen higueras y almendros.

Ascendemos por el desfiladero; el cauce del río que transcurre por él está completamen-

te seco pero de vez en cuando nos sorprende con pequeñas pozas de agua cristalina cubiertas de alfombras tejidas por plantas acuáticas de hojas verdes con florecillas blancas. En las rocas húmedas media docena de espléndidas y coloridas ranas toman el sol.

Dejamos el desfiladero a nuestra izquierda y ascendemos por un vergel de enebros, cedros y arbustos de hoja verde y flor añil; continuamos por una senda pendiente entre grandes rocas de ocre intensos entre las que de vez en vez se cuelan hierbas de cierta altura dando la impresión de que un manto verde cubre la tierra.

Desde el primer alto abierto al que llegamos divisamos el valle de Tagdilt; tras él, con pequeños hilos de nieve verticales destacando su perfil, se eleva uno de los cuatro miles emblemáticos del Alto Atlas, el Ighil M'Goun. Un magnífico escenario para descansar unos minutos mientras comemos unos frutos secos y dátiles marroquíes.



Descenso de la gran explanada hacia el Monte Kouaduch

Continuamos ganando altura hasta alcanzar una atalaya natural que nos ofrece otra panorámica espectacular del valle y del Atlas. Yousef ha preparado aquí las colchonetas y el mantel para el almuerzo. Siguiendo sus costumbres lo primero es tomar el té; después llega pasta, ensalada, queso... es excesivo, no encaja en nuestra manera de hacer monte, pero es su forma de hacer, así que la respetamos y nos adaptamos.

Desde el primer alto abierto al que llegamos divisamos el valle de Tagdilt; tras él se eleva uno de los cuatro miles emblemáticos del Alto Atlas, el Ighil M'Goun

Seguimos ganando altura hasta alcanzar el punto más alto del día, allá donde solo queda descender hasta la gran explanada de Ticit Uarg entre el rebaño de cabras que busca alguna hierba que pastar. Aunque hemos llegado al final de la etapa aún nos sentimos con ganas de caminar y decidimos ascender uno de los picos que nos rodean; en menos de media hora estamos en la cumbre; junto a un gran hito, observamos las montañas que se encuentran frente a nosotros cuyo color marrón anaranjado de la roca se ha oscurecido en las partes más expuestas; entre ambos, un valle completamente seco en la que resalta una pequeña porción de tierra cultivada de un

verde intensísimo. Exploramos los innumerables senderos que cruzan el valle y las montañas hasta dar con el que seguiremos mañana.

Al regresar, el campamento ya está montado; nos espera el té, una hogaza de pan y un cuenco con un buen aceite de oliva, la mejor merienda posible para ir abriendo boca antes del tajine de ternera que preparamos entre todos para la cena.

DIA 2

GRAN EXPLANADA DE TICIT UARG - MONTE KOUADUCH (2592 m) – IGLI

17,8 km | 6 h 45 min | +720/-1359 m

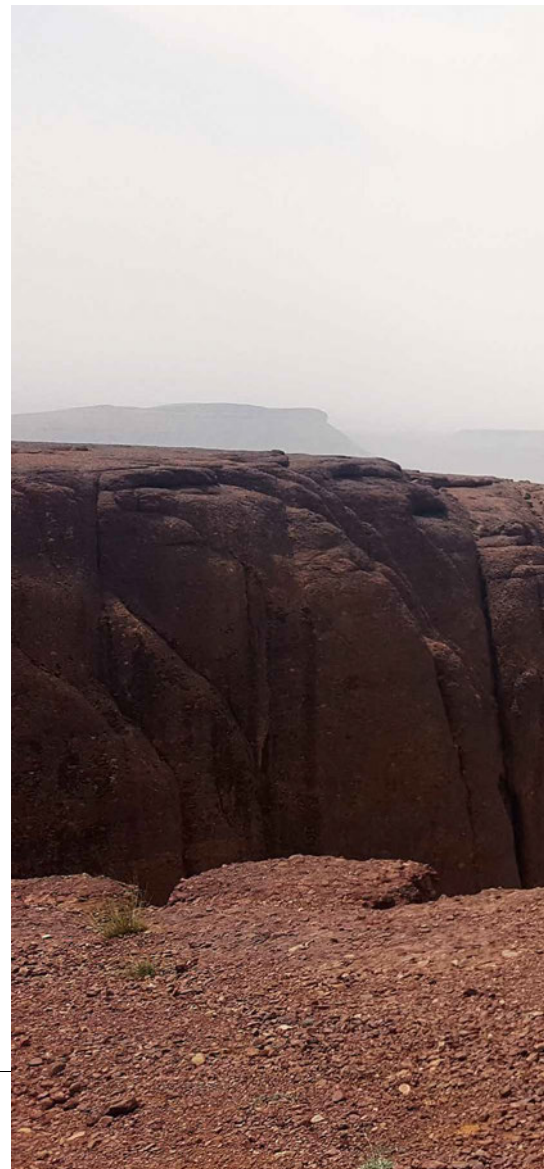
La noche ha sido más fría de lo que pensábamos, no es extraño que despertemos con los plumas puestos; sin embargo, en cuanto sale el sol la temperatura aumenta por segundos.

Iniciamos un luminoso día descendiendo hasta el collado que veíamos ayer; bordeamos la montaña para encarnarnos inmediatamente después con la pendiente que nos llevará sin descanso hasta el monte Kouaduch. El camino es demasiado exigente para las mulas por lo que en este punto nos separamos hasta la hora de comer. La luz del sol matiza el tono anaranjado de la tierra y de las rocas con matices dorados. Llegamos a un mirador natural a la altura del pico que ascendimos ayer; la visión del mismo valle se torna diferente aunque la belleza es la misma. El sendero es evidente; próximos a la cumbre, en el alto de

un montículo, descansa un cedro solitario. Elevando la mirada vemos nuestra montaña; dos minúsculos vértices unidos por una hilera de hitos; la cumbre, a nuestra derecha, está custodiada por arbustos frondosos. Alcanzar el alto exige una pequeña trepada hasta un hito inmenso que marca el punto más alto. Desde aquí tenemos unas vistas privilegiadas, solo tenemos que girar 360 grados para identificar las montañas que pisamos ayer, el valle que nos viene vigilando las últimas horas y en la lejanía las magníficas elevaciones que nos están aguardando.

Mientras descendemos encontramos varias gamonillas cuyas flores abiertas en forma de estrella muestran sus seis pétalos blancos cruzados desde el nacimiento hasta su punta por una línea granate perfectamente definida.

En el collado hay un pastor de ovejas; ataviado con una chilaba color calabaza, turbante blanco y zapatos desgastados pasa el tiempo impasible sentado sobre una roca.



Aunque la comunicación es escasa su sonrisa refleja simpatía y cercanía; esperamos aliviar su tiempo y su sed con las naranjas que le dejamos.

Por fin nos acercamos a los relieves que veíamos desde la cumbre. Las extrañas formaciones de arenisca que emergen de la tierra, los colores volcánicos, ocres y negros, la arena en suspensión empujada por el viento šarqīa del desierto que cubre las montañas como si fuera un velo, nos producen la sensación de estar adentrándonos en un terreno misterioso y enigmático. A medida que nos acercamos a ellas nos percatamos de la fragilidad que aparentan; Yousef, que es geólogo, nos contará más tarde que están compuestas por conglomerado de roca volcánica basáltica.

Nos encaramamos a una pequeña meseta de arenisca con el único propósito de conseguir la mejor vista de estas montañas; entre los extraños relieves distribuidos hasta donde la vista alcanza distinguimos varias agujas de piedra que han emergido caóticamente a lo largo de este in-

creíble espectáculo. La pantalla de arena envuelve todo aquello que se encuentra ante nuestros ojos difuminando este fascinante paisaje.

Las formaciones de arenisca, los colores volcánicos, la arena en suspensión, nos producen la sensación de estar adentrándonos en un terreno misterioso y enigmático

Estamos entusiasmados; ni siquiera el tiempo del almuerzo a la sombra de unos árboles cercanos al cauce seco del río es capaz de calmarnos. Nuestras cabezas no paran de girar en todos los sentidos intentando retener todo lo que llega a nuestras pupilas.

Aunque ahora solo debemos perder altura el sol pega fuerte y lo acuciamos, las increíbles paredes completamente verticales, lisas

y doradas que nos rodean absorben la temperatura desprendiéndola a nuestro paso; el descenso hasta Igli se convierte en otro espacio de sorpresas y emociones, descubrimos nuevas formas en el horizonte a medida que avanzamos por un sendero de roca iluminada por la luz solar; grandes arbustos de flor amarilla visten los bordes del sendero. Es imposible caminar a un ritmo normal, todo requiere nuestra atención, todo nos sorprende. Esta tierra me fascina; nunca sabré si es el paisaje en sí, la soledad con la que lo estamos disfrutando, o quizás el momento tan especial que es para nosotros, probablemente sea todo; de cualquier forma estoy segura que jamás defraudará a quien se acerque a descubrirlo.

En el valle hay un pozo de agua, lo que permite una huerta sombreada con almendros y una pequeña Gîte d'Étape con duchas donde pasaremos la noche. Pero nosotros seguimos activos y después de los fabulosos hojaldres que nos ha preparado Mohamed, cogemos la mochila y vamos a explorar parte del camino

Vistas de algunas agujas cercanas a Igli





Formación de roca volcánica basáltica

que mañana dejaremos a un lado, el que lleva a Bab n'Ali, una de las formaciones rocosas más espectaculares de Jebel Saghro; el sendero da acceso a un valle profundo y cerrado con unas vistas también excepcionales. La noche está cayendo, regresamos para cumplir con nuestras tareas, montar la tienda, lavar la ropa, el aseo y, por fin, la cena bajo las estrellas.

DIA 4 IGLI - AGOARBIT - IGHISSI

20,6 km | 6 h | +999/-1067 m

Avanzamos por un valle en el que destaca una corta hilera de árboles verdes absolutamente refrescante. Aunque no hay una sola gota de agua en el río, las corrientes subterráneas abastecen esta zona y unas pocas familias se han establecido aquí. Dos niños apostados al borde camino venden baratijas de lana y lentejuelas hechas por ellos.

A medida que avanzamos los escenarios que descubrimos nos fascinan, los pliegues verticales que se dibujan en las extensas y planas elevaciones rocosas, los desfiladeros serpenteantes con cauces carentes de agua, las extrañas y solitarias formaciones desprotegidas de cualquier otra mole de piedra son solo el principio del espectáculo.

Aprovechamos el paso de nuestro sendero junto a una de estas prominencias para subir hasta el punto más alto que nuestras escasas habilidades nos permiten y disfrutar así unos pocos minutos sentados en la roca caliente.

Parece el escenario ideal para grabar una película interplanetaria.

No muy lejos de esta elevación la tierra se ha abierto para dar abrigo a otros de los escasos habitantes de estas tierras estériles. Desde el alto distinguimos sacos, ropas, bidones, cazuelas y todo tipo de objetos de mil colores esparcidos por el suelo y las piedras que conforman los muros y las casas; reina un caos absoluto.

Continuamos caminando por un sendero salpicado de pequeñas plantas de flor amarilla en el que desaparecen los relieves llamativos; empieza a resultar monótono cuando llegamos a un collado que separa dos valles, uno de ellos abierto y de perfiles serenos; el otro, cerrado y abrupto, nos hace sentir minúsculos ante las moles de piedra que se elevan sobre él, aun cuando estas montañas no superan los 2700 m de altitud. Descansamos unos minutos contemplando los dos mundos tan diferentes que nacen desde este punto.

Descendemos hacia el valle más cerrado sin perder de vista las moles anaranjadas y negras tupidas por la arena que se alzan a ambos lados de un río seco y serpenteante en el que los árboles invaden sus orillas. El camino, pedregoso, está perfectamente definido. Al llegar al río un hombre sobre una mula se enzarza en una tremenda discusión con nosotros porque nos ha visto hacer fotos a lo lejos enfocando en la dirección en la que estaba. Lo cierto es que fotografiar esta tierra se está convirtiendo en un problema, especialmente cuando hay una persona, aunque esté lejos, o incluso cuando el objetivo ni siquiera se dirige a ella.

Hay una minúscula mina de plata, no es más que un agujero vertical en la roca; posiblemente la plata sea la causa de que el cauce del río se encuentre completamente cubierto de un sedimento blanquecino.

Llegamos a un collado que separa dos valles, y nos hace sentir minúsculos ante las moles de piedra que se elevan sobre él

Caminamos cerca de una hora siguiendo el río; es muy incómodo, en un camino sin sombra las piedras de mediano tamaño enojan nuestra pisada. Cuando llegamos al lugar elegido por Mohamed para el almuerzo nos parece el paraíso: un pozo para refrescarnos, una hermosa y fresca sombra de árbol en la que cobijarnos, es perfecto.

Hemos encontrado casas y pequeñas huertas en todo el valle; los árboles recorren el camino a nuestro lado. Aunque no hay rastro de agua es evidente que fluye bajo tierra. Continuamos hasta la intersección con un nuevo valle desde donde iniciamos un largo ascenso hasta un collado. En el sendero nos cruzamos con mulas cargadas con piezas de hierro de 200 kg; las mulas van reventadas.

Hamed coge una piedra y comienza a golpear algunas rugosidades que sobresalen en la pared de la montaña; al quebrarse se ve una oquedad en la que despuntan pequeños

prismas de cuarzo blancos destacando en la piedra color arena.

Desde la altura de nuestro sendero vemos unas casas junto al río; una adolescente que se percató de nuestra presencia sube corriendo a vendernos baratijas; viste un pijama de felpa blanco con corazones azules; su cabeza y su cara, a excepción de los ojos, completamente cubiertas por un pañuelo granate. Le cuesta dejarse fotografiar aunque no muestra su rostro, no quiere que su imagen aparezca en internet.

En el camino que nos lleva al borde del río encontramos un niño que vende huevos; como no tenemos cambio nos acompaña hasta el campamento durante más de una hora para recibir su recompensa.

El campamento lo han instalado bajo unos árboles junto al río seco; al otro lado de la orilla una kashba en ruinas. Aparecen dos niños, uno de ellos con una herida profunda y ancha en la pierna que está infectada; el guía nos pide que le ayudemos, pero nuestro botiquín y nuestros conocimientos no están a la altura; hacemos lo que podemos. Nos acompañan a unas pozas en el río para que nos aseemos; intuimos varios pares de ojos acechándonos

tras algunas rocas no muy lejanas; procuramos ser discretos en nuestra tarea, no queremos crear ningún conflicto en este país de tradiciones tan diferentes y tan arraigadas.

Tras la cena, tumbados boca arriba todos juntos, disfrutamos del mar de estrellas que brillan en esta noche oscura.

DIA 5 IGHISSI - PLATEAU TIN OGUAYOUR - ASSAK

15,6 km | 6 h | +879/-886 m

Tras un sueño reparador nos sentimos en plena forma para abordar una nueva etapa. Comenzamos un día tranquilo y silencioso atravesando un pequeño vergel por un sendero ascendente que nos dirige a un desfiladero estrecho y oscuro de paredes rectas formadas por rocas que parecen encajadas entre sí como si fueran el resultado del tetrax.

A medio desfiladero nos encontramos frente a un rebaño de cientos de cabras. Asustadas por nuestra presencia se desmandan pa-red arriba hasta los lugares más inaccesibles

balando sin cesar y convirtiendo este momento de paz en una auténtica locura. Paramos al borde del sendero hasta que la cabrera, a golpe de pedrada, pone orden y redirige el rebaño. Una niña de no más de 6 años que solo lleva la cara al descubierto carga a sus espaldas un bebé al que solo se ve el gorro; en la mano un palo para guiar las cabras.

Al salir del desfiladero nos encontramos con los hombres de este grupo de nómadas; guían los dromedarios y las mulas que portan las jaimas y los víveres. Una de las mulas lleva una alforja confeccionada a propósito para portar 13 cabritillas recién nacidas de las que solo vemos las cabezas con sus orejillas caídas.

Este territorio aislado es el hogar temporal de los nómadas aït atta, guerreros legendarios famosos por su resistencia contra los franceses en 1933. Al finalizar el verano estos nómadas bereberes se desplazan desde el Alto Atlas hacia estas montañas buscando los pastos con los que poder alimentar a sus rebaños de ovejas y dromedarios.

Salimos del desfiladero por un sendero increíblemente cómodo comparado con el caos de piedras y rocas que hay a nuestro alre-

Nómadas descendiendo al desfiladero de Ighissi





Vistas de la zona verde donde acamparemos próximos al valle de las rosas

dedor; a medida que ascendemos el paisaje, sendero, paredes y rocas lucen dorados por la luz del sol.

Podríamos bordear el Plateau Tin Ougayour por un camino llano y tranquilo como van a hacer nuestros compañeros, pero nosotros optamos por ascenderlo por una ladera corta, pedregosa, incómoda y muy pendiente. Lo hacemos rápido y nos sentimos plenamente satisfechos al contemplar las vistas desde el alto, son inigualables: al fondo una sucesión de montañas áridas que se elevan, una tras otra, desde los bordes del río en el que pasamos la noche; entre ellas y nosotros una brecha estrecha rompiendo la llanura sobre la que se eleva nuestro plateau, es el desfiladero que hemos ascendido; hacia nuestra derecha suaves y amplias elevaciones de roca; todo ello difuso por el polvo del desierto.

Esta pequeña meseta de base rocosa está tupida por hierbas duras de media altura; entre ellas se esconden pequeños nidos cons-truidos por las aves que nos sobrevuelan. Hay una gran roca, parece esculpida por Oteiza, dos caras de perfil unidas por la cabeza.

El descenso lo hacemos por un barranco; es muy largo y engorroso, el terreno, cubierto de piedra grande, es muy inestable, las paredes

que nos abrigan cortan el viento, la temperatura es muy alta, el camino se hace intermi-nable.

Desde abajo vemos un pequeño oasis en el que creemos que habrán acampado Mo-hamed y Yousef; media hora después de caminar por una llanura desértica en la que encontramos restos funerarios llegamos al terreno fértil, pero nuestros compañeros no están. El propietario de este pequeño oasis, que observa tumbado a la sombra de un árbol cómo 4 mujeres recolectan trigo bajo el látigo de los rayos del sol, no nos permite descansar en la sombra de sus árboles; buscamos a los nuestros ascendiendo una pequeña colina; el viento es muy fuerte, estamos en mitad de la nada, solo hay piedra, los nuestros han montado la jaima para protegernos del sol y el viento mientras almorzamos. Quien piense que unas lentejas son inapropiadas en estas circunstancias no se imagina lo que alivia la alta temperatura que nos azota.

No queda mucho camino, avanzamos hasta alcanzar un valle; caminamos a media altura por la ladera de una montaña hasta que divi-samos el pueblo en el que vamos a acampar, Assak. Las tradiciones bereberes están pro-fundamente arraigadas y el papel de la mujer queda subyugada a la voluntad del hombre; a

la entrada del pueblo debo cubrirme hombros y cabeza; no puedo dirigirme directamente a ningún adulto, ni hombre ni mujer, no puedo hacer fotografías. Las mujeres, sentadas en el suelo a la sombra de sus casas de adobe, hilan la lana con husos tradicionales o cascan al-mendras a golpe de piedra; ninguna se dirige a mí, solo hablan con Hamed. Pero al atardecer cuando vamos al río las cosas cambian. Junto a la poza nos aseamos con la máxima discre-ción sabiendo que las mujeres nos observan desde detrás de los árboles. Cuando hemos terminado todas estas mujeres se acercan a nosotros para hablar sin ningún tipo de inhi-bición, incluso llegando a preguntarnos sobre cuestiones íntimas. Es un gran momento.

DIA 6 **ASSAK – ANOU N'EL-** **MARSS – AFOGAL**

18,7 km | 5h | +940/-608 m

Estas tierras son de singular belleza geológi-ca pero es un territorio tremendamente duro, de fríos intensos en invierno y calores extre-mos en verano. A pesar de sus ríos subterrá-neos la tierra es estéril, las comunicaciones casi no existen, aquí no hay opción ni para la vida

más humilde imaginable. Es un territorio que intimida a quien aquí se acerca; sin embargo, al mismo tiempo, seduce y enamora a quien sabe apreciar esta belleza extraordinaria.

Con estas sensaciones abandonamos Asak; optamos por la senda alta en lugar de bajar al sendero paralelo al valle estrecho, la temperatura será más soportable y además la perspectiva más interesante. Nuestro camino confluye más adelante con el del valle; hemos descendido hasta una kashba abandonada entre palmeras y almendros. Ascendemos nuevamente pisando única y exclusivamente la roca de la montaña; el río, que pasa estrecho entre las paredes de estas moles de piedras, ha formado unas pequeñas pozas de agua cristalina donde beben las primeras cabras de un rebaño de cientos de ellas que van llegando; se han desperdigado por toda la ladera rocosa de la montaña en la otra parte del río. Asistimos incrédulos a la carrera que hace la cabrera con unas sandalias desgastadas y todo el ropaje que lleva encima; sube y baja a lo largo y ancho de la montaña de piedra a una velocidad y con un dominio del terreno asombroso agrupando en tiempo record todo el rebaño. ¿Qué corredor de montaña osaría retar a esta mujer?

Los pozos son cada vez más frecuentes, pequeñas porciones de tierra son cultivadas con maíz y patata a la sombra de almendros e higueras. Algunas familias se han sedentarizado en esta zona más fértil a la que llegan las pistas desde el cercano valle de las rosas. Un hombre nos invita a tomar el té en su casa; su hijo pequeño, de unos 3 años, es diabético. Nos enseña los inyectables que guarda en una nevera destartada. No podemos imaginar la problemática que puede suponer cualquier enfermedad común en nuestro mundo en un lugar como este.

Las montañas se distancian de nosotros a ambos lados; el camino se allana, en contraste con los tonos ocres que nos rodean, un campo de trigo verde zarandeado por el viento, es el preludio del valle en el que vive Yousef. Aunque debemos desviarnos de nuestro camino, aceptamos su generosa invitación y vamos a comer a su casa. Las habitaciones se disponen alrededor de un patio central repartiéndose por familias ligadas por la sangre. Tiene electricidad, agua corriente e incluso un pequeño WC; en este mundo esto es un lujo. Los pétalos de rosas cubren el suelo de una habitación oscura en la que se están secando; su perfume es intenso. Las mujeres se han retirado al vernos entrar, solo los hombres se relacionan con nosotros.

Agradecidos por su hospitalidad continuamos camino en dirección a las minas de cobre; explotadas a cielo abierto dan trabajo a los hombres de la comarca contribuyendo a la escasa economía familiar; la proximidad del valle de las rosas y las pistas habilitadas para sacar el producto de la mina permiten que muchos de los hombres de este pueblo posean una moto.

Dejamos la pista para tomar un sendero que nos lleva hasta un pequeño collado desde el que divisamos el pequeño oasis en el que vamos a pasar la noche. Es un valle amplio, sereno, arropado por montañas doradas que han perdido altura. De la tierra emergen arbustos que a medida que descienden al valle suman intensidad a su verdor.

Han puesto la jaima junto al pozo; el agua está fría y cristalina. Cuando estamos montando la tienda se levantan unas rachas fortísimas de viento que nos obligan a cambiarla bajo la protección de los árboles. Después de la cena, al regresar a la tienda la encontramos plagada de bichillos pequeños y negros; aunque fumigamos como para morir intoxicados y parecen desaparecer a lo largo de la noche se van colando por no sabemos dónde; afortunadamente el cansancio puede a la intranquilidad y el sueño nos vence.

DIA 7 AFOGAL - AMANIK - N'IGDAD - AITYUL

20,8 km | 5h | +489/-985 m

Las mulas llevan 6 días caminando, demasiado tiempo con las mismas herraduras, hay que cambiarlas, es la primera labor del día.

El viento frío azota sin clemencia, desayunamos con los plumas puestos. Nos ponemos en marcha avanzando hacia un paisaje que se vuelve más desértico e inhóspito, pero antes saboreamos las últimas ascensiones por estas montañas, los últimos pasos arropados por sus paredes de roca, los últimos descensos por sus desfiladeros. Casi sin darnos cuenta dejamos atrás las montañas misteriosas que nos han cautivado durante estos escasos días.

Estamos próximos al valle de las rosas; los rosales limitan las propiedades de los vecinos allá donde un pozo da vida a una pequeña porción de tierra. Aprovechamos uno de estos sombríos espacios para almorzar y protegernos del sol abrasador. Finalmente, tras caminar por unas pistas trazadas en un terreno llano, pedregoso y yermo llegamos a Aityul.

Mohamed ha sido padre de su sexta hija en estos días, ansioso por abrazar a la pequeña y mostrárnosla, nos invita a su casa, así que nos vestimos conforme a la tradición para ir a conocer a su pequeña. Entramos descalzos en la habitación donde están las mujeres. La nena es muy chiquitina y de piel oscura. Le han pintado los ojos con kohl negro para evitar infecciones. Tras las oportunas felicitaciones nos dirigen a la sala donde nos ofrecen té y esos dulces divinos que hace Mohamed.

DIA 8 EL VALLE DE LAS ROSAS

En nuestro último día recorreremos el valle de las rosas. La fertilidad de esta zona se debe al río Asif M'ogun que nace en el macizo montañoso del mismo nombre. El producto por excelencia en este valle es la rosa damascena cuyos arbustos delimitan en hileras las parcelas de los vecinos. En los meses de abril y mayo, coincidiendo con la floración de las rosas hombres y mujeres, antes de que salgan los primeros rayos de sol, recolectan los capullos que ya se han abierto depositándolos en sacos de algodón para llevarlos a secar a las kasbahs. Los pétalos y la esencia de estas rosas llegan a los grandes zocos de Marruecos para su venta.

Así, tranquilamente, envueltos en el aroma de las rosas de este magnífico valle finalizamos nuestra pequeña aventura en Jebel Sagrho, que no hubiera sido lo mismo sin Hamed, quien nos ha guiado sin dudar allá a donde le hemos pedido, Yousef, de sonrisa generosa, siempre atento y pendiente de nosotros y finalmente Mohamed, gran cocinero y excelente persona que nos ha conquistado completamente, tanto como lo ha hecho esta extraordinaria tierra que es Jebel Sagrho.

DATOS DE INTERES

ÉPOCA RECOMENDADA: Otoño y primavera cuando las temperaturas son más suaves, entre 0° y 40°.

CONTACTO: Hassan Azdour (azdourhassan@hotmail.com). Los 4 treks que nos ha organizado han sido impecables.

INFORMACIÓN DE INTERÉS: Las costumbres bereberes están muy arraigadas. Es recomendable que las mujeres lleven un pañuelo para cubrirse en algunas situaciones.

DIFICULTAD: ninguna de tipo técnico.

INTEGRANTES: Joseba Vélez y Ana González

CONTACTO: ana.barrika@gmail.com